CAPÍTULO I. *De el maravilloso descubrimiento de la Isla Española, que fue principio para conquistarse las Indias Occidentales*

HRISTOBAL COLÓN, DE NACIÓN GENOVÉS, fue el primero que en estos tiempos descubrió la tierra que llamamos Indias, por el mar océano, hallando la Isla Haití, que le puso nombre, Española, porque la ganó en el año de 1492 con gente y navíos españoles, a costa de los reyes católicos de España, don Fernando y doña Isabel. El origen y fundamento de esta navegación no fue otro, ni se halla más claridad (con haber tan poco años que pasó) sino que una carabela de nuestra España (no saben si vizcaína, si portuguesa o del Andalucía)[1] navegando por el mar océano, forzada de el viento levante fue a parar a tierra desconocida y no puesta en la carta de marear. Y volviendo en muchos más días que fue, llegó a la isla de la Madera, donde Christóbal Colón, a la sazón residía. Dicen que la carabela no llevaba más de el piloto y otros tres o cuatro marineros, habiendo fallecido todos los demás. Y estos pocos, como fuesen enfermos de hambre y otros trabajos que pasaron, en breve murieron en el puerto.

Era Colón marinero y maestro de hacer cartas de marear. Tuvo dicha que aquel piloto (cuyo nombre no se sabe) muriese en su casa; de suerte que quedando en su poder las escrituras de la carabela y la relación de aquel largo viaje, se le alzaron los pensamientos a querer buscar nuevo mundo. Mas como fuese pobre y para tal empresa tuviese necesidad de muchos dineros y de favor de rey o gran príncipe que pudiese sustentar lo que él descubriese, anduvo de uno en otro, solicitando primero los reyes de Inglaterra y Portugal, y después los duques de Medina Sidonia y Medina Celi, por ser el uno señor de San Lúcar de Barrameda y el otro de el puerto de Santa María, donde había buen aparejo para darle navíos y gente, y seguir el curso de aquella derrota. Teníanlo todos por burlador y el negocio que trataba por sueño, viéndolo pobre y solo, y sin más crédito que el de un fraile francisco de el monasterio de la Rábida, en la provincia de el Andalucía, el cual lo esforzó mucho en esta su demanda, y fue parte para que no desmayase en ella; certificándole de su buena ventura, si tuviese perseverancia. Este fraile, por nombre llamado fray Juan Pérez de Marchena, había encaminado a Colón a los duques ya dichos; y visto que estos señores lo echaban por alto, aconsejóle que fuese a la Corte de los Reyes Católicos de Castilla, para quien esta buena dicha estaba guardada, y escri-

[1] Oviedo. Historia General de las Indias. lib. 2. cap. 4.
Gómara, Historia General, f. 10, 11 et 12.
Herrera. Dec. 1. lib. 1. cap. 8.

bió con él a la reina (porque algunas veces la había confesado) y a fray Hernando de Talavera, confesor de la misma reina.

Llegado pues a la Corte, y dada su petición, los Reyes Católicos, pareciéndoles gran novedad aquélla y poco fundada, no curaron mucho de ella; mayormente por estar entonces muy metidos en la guerra de Granada. Mas todavía, como príncipes celosísimos de la salud de las almas y de el aumento de la santa fe católica, teniendo ya Colón un poco de más entrada y crédito por medio de el arzobispo de Toledo, don Pedro González de Mendoza, le dieron esperanza de buen despacho para en acabando la guerra que tenían entre manos; y así lo cumplieron, luego que los moros fueron vencidos, el mismo año que se ganó de ellos la ciudad de Granada. Ésta es, en suma, toda la relación que hay de el origen y principio que tuvo el descubrimiento de las Indias Occidentales, que hoy día tienen más tierra descubierta y puesta en obediencia de la Iglesia que todo el resto de la cristiandad. ¡Cosa maravillosa que durase tanto en la mar un viento que pudiese llevar forzado más de mil leguas un navío que no se supiese de que nación o provincia de España era aquella carabela! Que no diese mandato aquellos marineros enfermos para que supiesen de ellos en su patria. Que no quedase (siquiera por memoria) el nombre de aquel piloto. Y es posible que para proveer nuestros reyes de navíos y gente a Colón, ¿no se informasen primero y que no sacasen de raíz este negocio? Y pues no lo hicieron, y de tan pocos días atrás no hallamos más claridad que ésta, en caso tan arduo, entendamos no haber sido negocio humano, ni caso fortuito, sino obrado por divino misterio; y que aquel piloto y marineros pudieron ser llevados y regidos por algunos ángeles, para el efecto que se siguió; y que finalmente escogió Dios, por medio y instrumento, a Colón para comenzar a descubrir y abrir el camino de este nuevo mundo, donde se quería manifestar y comunicar a tanta multitud de ánimas que no le conocían; cómo escogió a Fernando Cortés por instrumento y medio de la principal conversión que en las Indias se ha hecho. Y así como negocio de Dios y negocio de ánimas fue guiado y solicitado por varón religioso, dedicado al culto divino. Mas por no dar en misterio y milagro, algunos inventaron que este piloto fue el mismo Colón; pero es contra la común sentencia de todos este parecer; y dicen los que humanamente sienten que fray Juan Pérez de Marchena instó a Colón a la prosecución de esta empresa y no le dejó volver atrás, como humanista que era, y dado a la cosmografía. Pero no cuadra este dicho a buena consideración, porque aunque él supiera más de esta ciencia que Tolomeo, fuera gran temeridad confiado de su teórica, traer así un hombre perdido y acosado de reino en reino y ponerlo en demanda que había de parecer locura a todo el mundo. Harto y más camino lleva decir que este fraile, pobre y penitente, fuese hombre espiritual y devoto más que cosmógrafo, y que alcanzase a saber de estas nuevas tierras y gentes a los nuestros ocultas, no por ciencia humana, sino por alguna revelación divina, como la tuvo el santo fray Martín de Valencia, de la conversión de estas gentes, que con sus compañeros había de hacer algunos años antes que ello pasase, según lo dijimos en su lugar. Viene

aquí muy a pelo la distinción que el glorioso San Gerónimo,[2] hace de el sentimiento de los hombres de el mundo, al de los dedicados a Dios, sobre aquella pregunta que nuestro redemptor hizo a sus apóstoles de lo que sentía el mundo de su persona; que habiéndole respondido que unos decían ser San Juan Bautista y otros Elías, &c., les preguntó: Y vosotros ¿quién decís que soy? Pondera muy bien San Gerónimo que en eso quiso decir: Aquéllos, como hombres, sienten y hablan como hombres humanamente; mas vosotros, que sois divinos y más que hombres, por ser gente espiritual y religiosa, ¿qué sentís de mí? Así al propósito, los historiadores seglares a este fray Juan Pérez de Marchena, fraile pobre, descalzo y penitente, sintiendo humanamente como puros hombres del siglo, hácenlo humanista y grande cosmógrafo, no atendiendo a cosa de el cielo, ni a las que concurrieron muy maravillosas para entender claramente que el descubrimiento de este nuevo mundo fue ordenado milagrosamente por mano de ese mismo Dios en estos tiempos, que para ello tenía previsos; y que no sucedió acaso, y esto es justo sientan, confiesen y publiquen sus siervos, los religiosos, atribuyéndole lo que es suyo. Y mucho me maravillo que no cayese en esta razón el muy religioso padre fray Gerónimo Román,[3] en sus repúblicas gentiles; antes, tratando esta materia, aun no nombra al dicho religioso fray Juan de Marchena, a quien los primeros coronistas, de quien él tomó lo que escribió, ponen por principal autor, en cuanto a poner ánimo y brío, y casi hacer fuerza a Colón que andaba desmayado, certificándole de su buena ventura, si siguiese la empresa. Y nótese, ¿quién pudiera dar esta certificación si él no la tuviera de el cielo?

CAPÍTULO II. *Con cuanta conveniencia el descubrimiento de las Indias cupo en suerte a los Reyes Católicos*

UCHO ES AQUÍ DE CONSIDERAR la cuenta particular que nuestro señor Dios siempre ha tenido con remunerar a los reyes o príncipes que han mostrado especial celo de las cosas de su honra y servicio, no contentándose con darles el premio de la bienaventuranza eterna, con que sobradamente quedaban pagados por mucho más que hicieran, sino que aun acá, en la tierra, quiso magnificarlos con singulares prerrogativas a otros no comunicadas. Y esto, porque quedase memoria entre los hombres de los fieles servicios que estos tales hicieron a su Dios, y de la gloria y fama que en recompensa de esto, siendo de la divina mano favorecidos, ganaron. Y para que otros, movidos por su ejemplo, con esperanza de semejante galardón, se esforzasen a dejar sus regalos y proprios intereses, y buscar sólo el de Dios, que guía y lleva a próspero fin todas las cosas de aquellos que en sus obras lo tienen por blanco. Cumple en esto el Señor su palabra

[2] Div. Hier. Marc. 8. Math. 16.
[3] Fr. Hier. Román, Republ. t. 2.